

sabe él respetarse, si tiene dignidad. Yo estoy segura de que no sólo os habría inspirado respeto, sino simpatía, un pobre hombre que sólo tenía los troncos de los brazos y no por eso pedía caridad, sino que ganaba en hacer mandados para mantenerse él y mantener también á su anciana madre. Vosotras habéis visto pobres seres que se arrastran, vendiendo billetes, y me contásteis de una pobre mujer sin manos, que cosía y escribía valiéndose de los pies. En el portal hay un hombre que no puede andar y lo llevan á sentarse delante de una venta en la que él despacha. Y veis todos los días pobres ciegos que se desvelan tocando en los bailes, y pueden con lo que ganan sostener una familia. Yo estoy segura de que un hombre que comiera en la casa de un amigo y cenara en la de otro, y á uno le pidiera la casa, y á otro el vestido, estando fuerte y saludable, os inspiraría desprecio y diríais de él que es un hombre *sin dignidad*.

CAPÍTULO V.

DEBERES DE JUSTICIA Y DEBERES DE CARIDAD.

No creais que es bastante no ser gravoso á los demás, no es suficiente pagar lo que se debe porque nosotros no quedamos satisfechos con que nos paguen, necesitamos que

nos gratifiquen y á veces algo más, necesitamos que nos ayuden, que nos *den la mano*, y es preciso darla á quien nos la pide. Estas obligaciones que tenemos para nuestros semejantes podemos dividir las en deberes de justicia y deberes de caridad.

Deberes de justicia. Importancia de la verdad. Franqueza.—La compañera inseparable de los deberes de justicia es la verdad. El hombre justo es franco, sincero, probo, equitativo; en una palabra, obra en todo *de buena fe*. El hombre franco *dice la verdad aunque tema desagradar*, pero siempre con el deseo de hacer el bien. Un amigo hacía comparaciones entre la manera de obrar de dos altos personajes de quienes solicitaba el mismo favor. El primero lo recibía con muchos halagos, prometiéndole, como cosa segura, darle lo que deseaba á mi amigo; pero al día siguiente que fué para arreglar el asunto *definitivamente*, el señor *no estaba en la casa*, al siguiente *estaba muy ocupado* y para no cansaros, mi amigo comprendió que se trataba de *evadir el compromiso*; pero esto fué después de perder mucho tiempo. El segundo personaje le dijo, contestando á su petición: Amigo, no pierda usted su tiempo, lo que usted solicita no está en mi mano concederlo; cuando pueda servirlo en otra cosa, lo haré con mucho gusto. El primero es un hombre falso; el otro es franco. Hay quien opine

que la franqueza es propia de los *palurdos*, de la gente poco civilizada; pero yo opino, como otros muchos, que la franqueza denota adelanto moral. Se entiende que la franqueza unida á la grosería, á nadie ha de gustarle; por ejemplo, vosotras rechazaríais la amistad de una persona que os dijera: Me parece vd. muy tonta, su hermana parece lechuza, ú otra cosa por el estilo; pero repito que eso no se llama franqueza sino mala crianza y maldad de corazón.

Sinceridad.—El hombre sincero *dice la verdad aunque tema perjudicarse á sí mismo*. Se cuenta de un rico comerciante que buscaba un dependiente de escritorio, y acudieron dos sujetos á solicitar la plaza. El primero empezó á decir: Yo, señor, sé inglés, francés, alemán, griego, chino, árabe. . . Basta, le interrumpió el señor, tengo bastante. El otro, avergonzado ante tanta sabiduría, tomó con timidez el sombrero entre las manos y en actitud de marcharse, dijo: Temo mucho, señor, no poderle ser á usted útil, porque yo en toda mi vida no he hecho más que dedicarme á escribir en español. Quédese usted desde ahora, dijo el amo, es usted quien me conviene. Los charlatanes suelen, como se dice, *caer entre sus propias redes*. Se refiere también que un rey fué á visitar la cárcel, y que todos los prisioneros, para obtener su gracia, fueron disculpándose uno á uno, de tal modo

que á juzgar de sus palabras, podría creérseles inocentes; sólo uno de los prisioneros se arrodilló ante el rey exclamando: Soy un infame, señor, un miserable que atentó contra la vida de sus semejantes; pero harto me duele ser la causa de las lágrimas de mi pobre madre. ¡Ah, si pudiera yo expiar con el trabajo mi crimen á su lado. . . !

El rey paseó su mirada severa sobre todos los que le rodeaban, y dirigiéndose en seguida al preso que permanecía de rodillas, le dijo: Levántese, amigo, y sálgase pronto de aquí, porque un hombre criminal no puede permanecer entre tantos inocentes.

Con esto se trata de demostrar cuán simpática es siempre á nuestros ojos lo sinceridad.

Probidad.—El hombre que falta á la sinceridad, pretende de los otros, actos de injusticia, puesto que con su conducta parece *exigir la estimación* ó el aprecio que está lejos de merecer. El hombre sincero rechaza el aprecio que no merece. El hombre probo es incapaz de retener ni la más pequeña parte de lo que no le pertenece. Una de vosotras me contó de una amiguita que viviendo muy lejos del comercio se volvió de la puerta de su casa para devolver un centavo que le habían dado de más. ¡Cómo! le dijo un dependiente se ha tomado usted tanta molestia por un centavo! Era justo devolverlo, dijo ella, yo

no debía quedarme con un centavo que no era mío.

Equidad.—Equidad, quiere decir dar á cada uno ni más ni menos de lo que justamente le pertenece.

Un hombre tenía varios dependientes de escritorio, á quienes por las mismas horas de trabajo daba el mismo sueldo; pero observó que uno de ellos trabajaba con tal afán que duplicaba el trabajo, y al apercibirse de esto le señaló un sueldo doble: era un hombre equitativo. Un joven al parecer aturdido, oyó que en una reunión se expresaban muy mal de un enemigo suyo, acusándolo, entre otras cosas, de ladrón. Eso *no es cierto*, dijo el joven con firmeza, declaro y sostengo que mi enemigo es un hombre honrado. Reconocer el mérito de los demás es un principio de justicia y es obrar equitativamente reconocerlo hasta en nuestros enemigos.

El principio de equidad se desconoce ó se confunde con mucha frecuencia. Los comunistas y los nihilistas, por ejemplo, han pretendido que es injusto *que unos tengan demasiado* y otros *no tengan nada*. *Lo justo es que cada uno posea lo que legítimamente ha obtenido*. El que trabaja y economiza puede reunir un capital, y es justo que disfrute de él. El que tira lo que gana en el juego ó en las copas, de la misma manera que derrocha su salud y su honra derrocha su dinero, y *no*

es justo que el que reunió un capital por medio del trabajo y la economía, lo ponga en las manos del vicioso, para que lo tire en el juego y en las copas. La equidad no consiste en que de todo nos toque *igual* parte, sino en que todo se reparta en *proporción* de lo que cada uno *justamente merece*.

Lealtad.—El amigo leal no hace jamás falsas promesas, da siempre más de lo que ofrece y nunca deja de cumplir lo que promete. Desgraciadamente la lealtad se va haciendo rara entre los amigos, entre los comerciantes y entre todo el mundo. “Te prometo ayudarte con empeño en tu asunto,” dice un amigo á otro, y nunca más vuelve á acordarse ni del asunto, ni del amigo.

Buena fe.—Le he dicho á vd. el último precio, dice un comerciante, y con un poco de paciencia el marchante logra que le hagan una *rebajita de diez pesos*. Esta es una tela muy fuerte, muy resistente, se lo garantizo á vd., dice otro, y al *coserla se hace pedazos*. Hoy, le traigo á vd. la leche muy buena, le dicen á uno, y además de tener agua, está tan pasada, que al ponerla en el fuego, se *corta*.

Si nos fijáramos un poco en la importancia de la buena fe, veríamos que casi de ella depende la felicidad, puesto que ésta tiene por base la salud, y ésta, depende en primer lugar, de los buenos *alimentos*, y en segundo

lugar, del *buen humor*. Tomando leche aguada, carne descompuesta, manteca rancia, arina vieja, y en vez de vino, aguardiente con palo de Campeche, es muy difícil tener salud. Y si á eso se agrega el mal humor que nos causa ver que los criados, los comerciantes y hasta los amigos nos engañan, desde por la mañana hasta la noche, se comprende por qué se padece tanto del estómago, del hígado y hasta de *hidrofobia* ¿no os parece?

Contrato expreso y contrato tácito.—Cuando dos personas firman un papel, en que uno se obliga á dar su casa por cierto tiempo, y otro ofrece pagar tanto cada mes, con otros requisitos por una y otra parte, se dice que ambos han firmado un contrato, y si uno de los dos se echase atrás, el otro tendría el derecho de quejarse ante la autoridad y exigir perjuicios. Observad lo que pasa en sociedad y veréis cómo todos obramos en virtud de contratos; sólo que unos son *explicitos* y otros son *tácitos*. Los que constan en un papel son *explicitos*; la mayor parte son *tácitos*. Así, por ejemplo, el Gobierno os costea la instrucción y vosotras hacéis con el Gobierno el *contrato tácito* de aprovechar el tiempo para ser más tarde útiles á la patria. Pero algunas os esforzáis muy poco en aprender, quizá no aprendéis nada, y por lo tanto, faltáis al contrato.

Una profesora ha recibido su nombramien-

to, en virtud del cual parece empeñada en un contrato para dirigir á la juventud por la senda del progreso: observa que sus alumnas están llenas de supersticiones; pero ella, no quiere combatirlas por temor de desagradar: ésta profesora falta á su contrato.

El que está al frente de una botica, por ese mero hecho, parece haberse comprometido con el público á vender las medicinas que le compran, y si en vez de píldoras de quinina da píldoras de arina de maíz, y en vez de jarabe de Halles, vende agua de azúcar, también este boticario ha faltado á su contrato tácito, ocasionando gravísimos perjuicios. ¿Qué es lo que á todos nos hace falta? Sencillamente obrar de *buena fe*. El día en que la *buena fe reine en el mundo, habremos vuelto al Paraíso*.

Delicadeza.—La persona de delicadeza tiene en tanto su dignidad como la ajena; evita con cuidado toda ocasión de que la lastimen en su dignidad, y procura no herir nunca la ajena. Una niña lleva en la mano dos libros, y cuando otra se los pide prestados, le dice: “Puedo darte uno porque es mío, el otro no, porque es ajeno, y temo que lo *pierdas* ó lo *manches*.” La niña que obra así, sabe cuidar de su delicadeza, cuidando de lo ajeno; pero lastima la delicadeza de la otra, creyéndola *incapaz de saber cuidar lo que no es suyo*. Con frecuencia se cree, á lo menos se obra

como si se creyera, que los niños, los criados y en general los pobres, no tienen delicadeza, ni dignidad; pero sobre todo, quizá habréis observado, que es muy común que se maltrate á las gentes humildes y tímidas porque se les supone sin dignidad.

Niñas, vosotras cuando encontréis una persona de carácter tímido y humilde, tenedle consideración, tenedle lástima, porque la timidez de carácter, es hija de la desgracia: quizá á ese infeliz á quien juzgáis sin dignidad, no recibió nunca los halagos de una madre cariñosa, tal vez nunca vió realizar uno solo de sus deseos y aprendió á sofocarlos todos en su corazón y ahogar en su pecho los sollozos.

También hay hombres que teniendo la conciencia de su propio valer, se esfuerzan en ser humildes para no inspirar envidia á las vulgaridades. Cuando éstos se ven tratados sin todos los miramientos que creen merecer, experimentan un sentimiento de compasión por los que son incapaces de conocer el verdadero mérito, y piensan para sí: ¡Pobres ciegos!

Hay otras personas que pudieran llamarse tipos del siglo, que de intento se revisten de altanería y de arrogancia para imponerse á los demás, y á menudo lo consiguen, aunque detrás del necio orgullo sólo se encuentre una cabeza hueca y un corazón vacío. En-

tonces pensaréis, es preferible ser altanero que humilde, puesto que la altanería se *im-pone*, mientras que la humildad va expuesta hasta que se le insulte. Es cierto; pero hay que ver, que á nosotros sólo debe satisfacer-nos el aprecio de los que valen tanto ó más que nosotros; de otro modo, diríamos como el autor de la fábula: "Si el mono no aprueba, malo, y si el topo aplaude, peor." Yo os aconsejo que seais humildes; pero debo advertiros, que todavía vivimos en una época en que no todos son capaces de reconocer los deberes de justicia, y si estamos obligados á respetar el derecho ajeno, debemos también hacer *valer nuestros propios derechos* y hacerlos *valer con oportunidad*, para que no nos pase como á la zorrita del cuento, que cuando quiso defenderse, le habían quitado hasta la última patita, y ya no pudo ni correr.

Dignidad colectiva, solidaridad.—Además de la dignidad personal ó individual, tenemos otra que podemos llamar *colectiva*, como es la *dignidad de la familia, la de la patria y la dignidad humana*. Vosotras cuidáis de vuestro nombre, más por vuestra familia que por vosotras mismas, es decir, que nunca haréis nada que pueda manchar vuestro nombre de familia.

Dignidad de familia.—Puede haber dos hermanos que por haber crecido el uno lejos del otro, no se quieran; pero si ocupando el

uno una alta posición social, se presentase el otro mal vestido y hasta mendigante, la dignidad de familia influiría en el ánimo del afortunado para acudir en auxilio de su hermano.

Dignidad patria.—Una vez viajaba yo en un bonito paquete americano: era el “Alejandría.”

La luna, iluminando con su diamantina luz el mar tranquilo como un manso lago, pareció ejercer una influencia simpática entre los pasajeros, que fueron aproximándose unos á otros hasta llegar á formar una alegre tertulia. Una vez acabado el material común de: ¡Qué preciosa luna! ¡qué mar tan sereno! y ¡qué cielo tan azul! uno de los pasajeros tuvo la inspiración de proponer un juego de prendas. Todos aceptamos unánimemente y se empezó á jugar la *palabra acomodada*. Uno de los mexicanos, cediendo á su natural tan peligroso *del chiste*, dijo al oído de un alemán, bastante recio para ser oído de todos: ¡Animal! quise decir alemán! agregó después como enmendando la palabra; pero con tal tono picante, que logró su intención de hacer reír á todos; sólo un inglés pareció protestar frunciendo el entrecejo. El alemán rió también al parecer de buena gana; pero cuando le tocó su turno de dar la palabra, dijo con intencionado acento: ¡Ladrón! quise decir mexicano.

El efecto fué muy distinto: la mayoría éramos mexicanos, y sin decir una palabra, como si por un toque eléctrico nos hubiéramos comunicado el mismo pensamiento, nos levantamos todos en silencio, y el alemán se quedó murmurando: También yo *siento*, también tuve razón. . . .

Es cierto, pensé yo, tiene mucha razón el alemán y nosotros la tenemos; pero es preciso convenir en que el primer mal, la causa de todo, ha sido el carácter *chancero nacional* que nos perjudica mucho. El alemán se vengó con bastante crueldad: él está seguro como nosotros de que no merecemos el calificativo de ladrones; pero sabemos también, que hay en nuestro pueblo muchos rateros, y con todo, nos lastimamos de que se nos diga. Es la dignidad de la patria alemana ofendida, la que se vengó del patriotismo mexicano.

Esto hace pensar que los mexicanos somos solidarios de nuestros defectos y nuestras virtudes, *responsables de las acusaciones* que se hagan á la patria, y por consiguiente, tenemos, á la vez que obligación, derecho de corregir nuestros defectos en nosotros y en nuestros conciudadanos, para no estar expuestos á abochornarnos de nuestra patria.

Habían pasado ya cinco generaciones después que en un pueblo de la República un *extranjero* cometió un crimen horrible y to-

davía en una población culta se le echó en cara á uno de los más ilustres vecinos de aquel pueblo el haber nacido en un lugar donde se cometían *crímenes semejantes*.

Los veracruzanos que nazcan dentro de doscientos años, tendrán orgullo todavía de ser hijos de la *heroica Veracruz*. Los hijos de la península Yucateca, se sienten orgullosos de llamarse compatriotas de Quintana Roo, de Zavala, de Sierra, de Cisneros, de Peón Contreras y de tantos otros que han dado lustre á aquella tierra; y en general, los mexicanos nos sentimos satisfechos de llevar en nuestras venas la sangre de Cuahutemoc, de Hidalgo, de Bravo y de Juárez.

Dignidad humana.—Figuráos cuál sería nuestra vergüenza y nuestra confusión, si adquiriendo repentinamente el don de la palabra, los irracionales se fueran irguiendo uno á uno delante de nosotros y nos fueran dirigiendo arengas semejantes:

El perro. "Humanidad ingrata y veleidosa, yo valgo más que tú porque soy *fiel hasta la muerte en mis afectos*."

El león. "Aprende hombre de la más formidable de las fieras, á *respetar á los seres de tu especie*."

El castor. "Hombre indolente, imprevisor y pendenciero, toma ejemplo del más humilde y pacífico de los roedores."

El cochino. "En vano eres tú quien ha in-

ventado para mí los nombres más desprecia-
tivos y asquerosos; siquiera yo cuando me revuelco en el fango de la tierra, obedezco á mi instinto; pero tú . . . tienes libre albedrío y eliges para hundirte el asqueroso fango de tus vicios. . . ."

Pero después, hojead la historia de la humanidad y ved cuántos hombres la enaltecen: Sócrates, Platón, Régulo, Plinio, Servet y otros tantos que han dado su vida por la verdad, por la patria y por la ciencia, y por último, pensad en Jesucristo, muriendo por la humanidad bajo la forma humana, y con qué noble satisfacción diréis: somos hombres, tenemos la forma de Aquel que sólo vino á enseñarnos con su *vida y ejemplo el camino del cielo*.

La dignidad humana exige que nos enaltezcamos, ó más bien, que nos hagamos dignos del alto puesto en que la Providencia ha colocado al hombre.

CAPÍTULO VI.

DEBERES DE CARIDAD.

A medida que van desarrollándose nuestras facultades y nuestra dignidad, vamos pudiendo y queriendo bastarnos á nosotros mismos, y á esto debemos dirigir todos nuestros esfuerzos para que vaya disminuyendo